



CAPÍTULO XII

Conozco al grande hombre y refiero cómo aceptó
el venir á hacernos felices

No puedo hablar de mi viaje marítimo, porque casi todo lo pasé en medio de tártagos, trasudores y desmayos, como si diariamente hubiera ingerido una alcuza de bálsamo de Fierabrás.

Al fin el *Trenton* ancló en el muelle de Cartagena; nos metimos en un botecillo, y á la media hora estábamos en *la Reina de las Indias*, *la Emperatriz de los mares*, *la Ciudad heroica*, la que dió salida á los veintiocho mil millones que Colombia, el Ecuador, Perú y Bolivia, se arrancaron de las entrañas para satisfacer la sed de oro de los conquistadores, la que dirigió á España la insolente declaración de independencía de todo un hemisferio.

¡Cuántas urcas, cuántos galeones, cuántos navíos de

tres puentes anclaron en este mismo puerto, que veíamos resplandeciente de luz, nuevo como si hubiera acabado de salir de manos del artífice, con sus casas blancas, sus murallas amarillentas, y su cielo azul y transparente como una turquesa desmesurada.

Recorrimos á nuestra llegada las calles, formadas de hermosas construcciones de estilo netamente español, la preciosa catedral, el *quemadero* y las murallas, famosas en todo el mundo por su costo, por su importancia y por su inexpugnabilidad; y á la siesta buscamos caballos en que ir á Turbaco.

No los hallábamos al principio; pero cuando se supo en la población que habían llegado unos mexicanos que deseaban ver á su General, se nos facilitaron dos bestias, en que emprendimos el camino del asilo de nuestro héroe.

Nos introdujeron al despacho del General, y al vernos quedó maravillado don Antonio. Con ese *dón de lágrimas* que lo distinguía, comenzó á derramarlas como puños mientras abrazado á Escobar le decía entre sollozos:

— ¿Qué ocurre en nuestra República? ¿Qué dicen los mexicanos?

— El coronel hizo una explicación de lo que aquí pasaba, ponderando la anarquía del pueblo, la desmoralización del ejército, la bancarrota del erario, la desconfianza de los capitalistas y la necesidad que había

de un Salvador, de un Mesías que quisiera redimir al desgraciado país del yugo de los malos.

Cuando se dirigió á mí, preguntándome si era mexicano y le presenté la carta de Suárez Navarro, se deshizo en elogios de mi maestro, llamándolo su mejor amigo, el más entusiasta de sus partidarios y el primer caballero de México. Se informó con interés de la salud de doña María, la esposa de Suárez, que había estado á punto de perder una pierna, alabó mi decisión de servir la buena causa, y empezó á leer la larga epístola que había conservado en la mano.

El aposento, que daba hacia el norte, dejaba penetrar por las dos ventanas un chorro de luz blanca y brillante, que permitía distinguir el rostro curtido del veterano General.

Era más bien alto que bajo, pero admirablemente proporcionado. El rostro no era tan atractivo y simpático como me lo habían pintado, sino torvo y de mal aspecto; el color atezado, el labio inferior colgante, los dientes blancos y bien puestos, la nariz gruesa y vulgar, los ojos hermosísimos, la frente amplia y espaciosa y el cabello ligeramente ensortijado. Le daban cariz matonesco y chulapón la falta de bigote y cierto ceceo en la pronunciación que entonces tenían muchos veracruzanos. Andaba con dificultad por causa de la falta del pie, perdido, según él, en una memorable facción que debía inmortalizarlo; y no

gastaba ninguno de esos miembros artificiales que la moderna quiropedia ha puesto en uso.

Tenía de ordinario la voz pastosa, gruesa é imperativa, como de quien está hecho á que lo obedezcan y lo teman; pero sabía suavizarla cuando necesitaba decir una de aquellas frases de efecto con que volvía locos á los subordinados y á los pueblos.

Muchas veces me he preguntado en qué radicaría el poder de sugestión de aquel hombre singular que confesaba no haber leído en su vida más libro que la *Cassandra*, que se había pronunciado por la constitución y la república, porque esas palabras le habían parecido más eufónicas que las de imperio y monarquía; que había oprimido, vejado y hecho daño sin temor ni empaño; y he llegado á pensar que todo su prestigio radicaba quizás en que sabía decir frases que sonaban bien en los oídos de aquella gente, hecha á estimar las palabras más que el contenido y á devorar la corteza brillante y atractiva de la fruta, dejando la pulpa sabrosa y al parecer de feo aspecto.

Mientras Santa Anna leía, mostrando de paso dos manos blancas y bien cuidadas, recordé que aquel era el hombre que se había pronunciado contra Iturbide á unas cuantas leguas de su real, donde tenía éste abundancia de tropas y recursos, y que se había querido casar con la madre del Emperador; el que había venido desde Tampico

á dar personalmente la noticia de su triunfo; el que había sido incensado, adulado y admirado como Dios oriental; el que había estado prisionero y á punto de ser muerto por



los tejanos; el que había pedido albergue á un indio de Jico sin obtenerlo, á pesar de ofrecerle una talega de onzas, y el que había avergonzado, asesinado y destrozado á su patria traicionándola y ultrajándola.

Mientras Escobar trataba de llevar la conversación al objeto que allí nos conducía, Santa Anna lo evitaba diestramente preguntando por sus amigos y valedores, los Haro, los Alamán, los Mosso y los Rodríguez de San Miguel.

Nos retiramos, á poco, dejando en manos de S. E. un

rimero de cartas y periódicos que le dieron á conocer el ánimo del país y el estado de la opinión.

A otro día, muy temprano, nos presentamos en casa del grande hombre para entrar en nuevas pláticas con él. Conocí que buscaba Escobar la forma con que había de comenzar á exponer su embajada; pero no necesitó ocurrir á su arsenal de lugares oratorios, porque el General nos recibió, diciéndonos:

— Muy mala noche me ha dado la venida de ustedes — Y mientras nos mirábamos extrañados, continuó con verbosidad inaudita:

— ¡Cuánto me ha afectado la violenta situación en que se halla nuestra desventurada patria, devorada por las facciones, envuelta en la anarquía, y en el peligro más inminente de perder su nacionalidad! ¡Desgraciada México! exclamó: sin erario, debiendo como millón y medio de pesos de dividendos atrasados de la deuda inglesa, sin poder satisfacer de la interior el rédito del año vencido, ni asistir á los empleados con las pagas que les pertenecen; sin ejército, con las fronteras abandonadas y sufriendo grandes desastres con los ataques de los bárbaros; minados de traidores los Estados fronterizos, influídos y favorecidos por los americanos, y cinco años tolerado esto por gobernantes ineptos, traidores también y dignos de la execración universal. La Baja California amenazada de tal modo, que será invadida y ocupada sin resistencia;

Yucatán sosteniendo todavía la guerra de los indígenas, y sin poderlos dominar; Tehuantepec amenazado y aplazada militarmente su ocupación para el próximo mes de Abril por nuestros naturales enemigos.

¡Ah, qué situación!

¿Pero qué ha hecho el gobierno de México con esos millones que percibió por la venta inicua de una gran parte de nuestro territorio? ¿Qué ha hecho con los productos y con todas las rentas de que ha sido dueño durante más de cinco años, en que la nación ha permanecido muda y resignada, aunque á la expectativa de los prodigios que le ofreciera la ominosa administración de Querétaro?

Mucho habló el General; pero como se hacía tarde, más que de prisa, nos convidó al Coronel y á mí á ir á caballo hasta su quinta *La Rosita*, situada al oriente de Turbaco.

Santa Anna montaba admirablemente á caballo, y con el atavío de nuestros charros y á horcajadas sobre una preciosa yegua castaña, parecía mucho más joven y erguido que cuando lo veíamos entre las cuatro paredes de su cuarto.

Locuaz y comunicativo de suyo, el hombre de Zempoala, más se volvía al contacto de aquella naturaleza ubérrima y lujuriosa. Nos dirigía la palabra á Escobar y á mí para preguntarnos nuestro parecer, para saber lo

que opinábamos, con más frecuencia de lo que nosotros mismos hubiéramos podido desear.

— ¿Qué piensan, paisanos, que sería esta finquita? Cuando vine aquí era un monte en que abundaban las fieras, un lugar temeroso al que casi nadie se atrevía á penetrar. Hoy es el encanto y la delicia de una familia, y el entretenimiento y consuelo de un hombre que ha pasado por tantas fases y contra quien se desataron la destrucción y la calumnia más injustas.

Nos admirábamos de aquella metamorfosis, que ponderábamos como obra de encantamiento, y le dábamos la enhorabuena poniendo en las nubes su asiduidad, su constancia y su amor al trabajo; y aun tomando pie de aquello, lancé un símil sentencioso que agradó al ilustre proscrito:

— Pues así, señor General, aguardamos que obre usted con nuestra patria, esto es, que de abrupta cueva de fieras la metamorfosee en verjel encantado que eclipse al que han formado aquí la constancia y habilidad de este jardinero insigne.

Sonrió el hombre de Tampico y continuó ponderándonos la calma idílica que allí reinaba, la inocencia de los vecinos, que lo miraban como á padre amantísimo, los inocentes pasatiempos que lo atraían, la hermosa independencia de que podía hacer gala y la necesidad que tenía de economizar para que tuvieran sus hijos un honesto pasar.

El bueno de don Manuel me miraba con ojos de desconsuelo; pero al fin y en camino de regreso á Turbaco, interrumpiendo á don Antonio, le dijo cómo debía figurarse que nuestra presencia en Nueva Granada no era puramente accidental, sino que obedecía á altas y saludables combinaciones; que ya debía de haber salido de Veracruz una comisión á proponerle el negocio de que íbamos á hablarle, y era solicitar de él que se presentara cuanto antes en México; pero que, temerosa la tal comisión de sufrir algún contratiempo en el mar ó un desaire de parte de S. E., se reservaba á salir cuando supiera su última palabra.

Toméla entonces y le manifesté que su nombre era aclamado por todas partes, que se le consideraba como la única esperanza de salvación, que la última revolución había dado á conocer en cuanto se le tenía, y procuré excitar la fibra de su patriotismo, animándolo para que viniera á hacernos felices.

Nos oyó el hombre con atención suma, detuvo dos ó tres veces su caballo, cuando pensó que el ruido de las pisadas de las bestias podía ahogar las palabras; y cuando hubimos concluído de hablar, dió una gran voz diciéndonos con cara afligida:

— Pero, amigos, ¿son ustedes que tanto me quieren quienes me piden que abandone esta vida tranquila y pastoral que disfruto, para cambiarla por un laberinto

como el que me pintan los informes de ustedes y las cartas que me han presentado? Están vivos en mi memoria los padecimientos que la ingratitud de nuestros enemigos me ha causado, y más cuando esas contrariedades mías están ligadas á tremendas desgracias nacionales. Ya ustedes vieron cómo me apresuré á prestar mis pobres servicios cuando se me llamó estando en la Habana, no obstante tener en aquellos momentos abierta la herida que el francés me infirió en las ardientes playas de Veracruz; ya notaron cómo luché por expulsar á los invasores. Pues bien: ni mi dinero, que no me han pagado; ni mi caballo, mal herido en la Angostura; ni mis vestidos, que conservo con cuidado, traspasados por las balas invasoras en el Valle de México, ni el incendio y devastación de mis fincas, me libertaron de la acusación infame é insidiosa del Licenciado Gamboa.

¡Ah, continuó, cuando un pueblo se olvida de los héroes de su independencia, de los que defendiéndolo, han peleado al extranjero, de los que han expuesto vida y honra por servirlo, no tiene remedio en lo humano.

Y conste que no lo digo por mí, que combatiendo contra españoles, franceses, yankees y tejanos, he dejado fragmentos de mi persona y trozos de mi honra; lo digo por mil ejemplos que ustedes conocen como yo.

No, el pueblo que no camina por la senda de la virtud, ni se guía por la razón y los principios de justicia,

ha de tener siempre un término fatal. ¡Pero (y aquí hizo el diestro comediante una maravillosa transición), si los mexicanos hubieran abandonado sus pasiones! ¡Si se ruborizaran de sus desaciertos! ¡Si conocieran el abismo que tienen abierto á sus pies! Ya habrán visto á costa suya la diferencia que existe entre el perverso Arista y un hombre que ama la moral y la virtud.

Mas, ¿á qué pensar en estas cosas, si este dulce reposo en que vivo me lo ha otorgado la Providencia divina para advertirme que en el último tercio de mi existencia, mutilado y triste, he hecho cuanto debía por mi patria?

Allí fué el arrebatar nos la palabra Escobar y yo; allí el poner como ropa de pascua al infame, al traidor, al protervo Arista; allí poner de relieve su nulidad, su insuficiencia, su mala voluntad al ejército, y no sé si también su rapacidad y otras peores lacras.

— No, exclamábamos á dúo, aun hay una clase de ciudadanos ilustrados, prudentes y patriotas, que sabe lo que vale un buen gobierno y que llama á gritos á su único salvador, el señor General Santa Anna.

A los dos días, nueva conferencia y nuevos arrumacos del distinguidísimo histrión, hasta que al cabo de mucho urgirle nos contestó:

— Mi corazón no es más que mexicano; sin embargo de todo lo pasado, deseo que mis compatriotas sepan cuán caros me son. No quiero que algún día me reproche la

historia, que cuando se me llamaba á hacer la felicidad de mi pueblo, vi con indiferencia su suerte. Pueden ustedes regresar en el próximo paquete y manifestar á quienes los envían que el mes de Marzo saldré de aquí para las playas de México.

Me rodearé de todos los hombres de voluntad, de todos los honrados, de todos los buenos, y poco he de poder, ó hemos de conseguir reconquistar de nuestros vecinos del Norte los feraces territorios que nos arrebataron. Sí, nuestro grito será *independencia ó muerte*; pues yo no he de ser quien siga viviendo si la nacionalidad llega á extinguirse.

Nos enjugamos las lágrimas, que habíamos derramado á impulso del patriotismo, y al otro día nos restituimos á Veracruz.

Ya estaba hecho todo: Santa Anna había fingido aceptar á regañadientes lo que deseaba con el alma que se le ofreciera, después de haber intrigado por obtenerlo, y nosotros, convencidos de haber prestado un servicio á México con haberlo hecho consentir, permanecemos en Veracruz, donde teníamos seguridad de ver pronto al General.

Las comisiones sucedían á las comisiones. Don Bibiano Beltrán, don Miguel Lerdo, Corona, Govantes y Vivó, formando una olla podrida de opiniones, se habían presentado en Cartagena, y Lombardini nombró á Basadre,

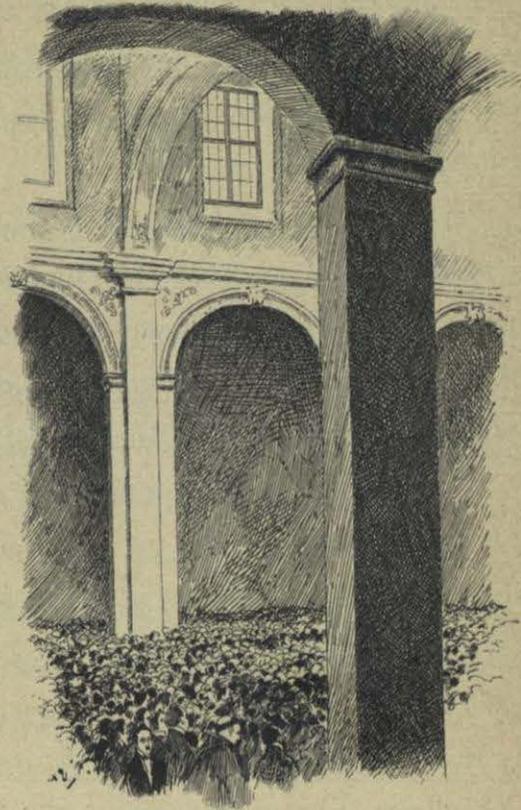


Tronó el cañón de Ulúa, y el paquete inglés A von penetró en el puerto de Veracruz

García, Mosso, Pacheco y Suárez Navarro para que fueran á Veracruz á dar la bienvenida á Santa Anna. El partido era una gusanera en que cada quien trataba de sacar el mejor trozo para sí ó para su santo. Pero mientras fermentaban y ardían anhelos personales, intereses de partido, ambiciones bastardas y deseos de figurar, tronó el cañón de Ulúa, y el paquete inglés *Avon* penetró en el puerto de Veracruz con su preciosa carga.

A las cuatro saltó á tierra el caudi-

llo, y en medio de vivas y aclamaciones pasó bajo un arco, en que se quiso imitar «L'Etoile» de París. La misma diferencia que entre el hombre en honor de quien se levantó el arco de veras y Santa Anna, existía entre aquel prodigio y la construcción de mírame y no me toques.



Tras un solemne *Te Deum*, Santa Anna entró á las magníficas habitaciones que se le habían preparado en Palacio, donde recibió las aclamaciones del pueblo y los besamanos de sus amigos.

Al fin quedó el General á solas con su camarilla. Su primer paso fué reconciliar á Pacheco y Haro con Suárez Navarro, y luego dar cuenta al gobierno de México de su feliz arribo.

Pero urgía lanzar la proclama de estilo, proclama que el público sabía no había de cumplirse; mas no por eso menos indispensable. Alamán remitió un modelo escrito en papel azul que condujo don Antonio Haro; otra envió desde Jalapa el General Tornel; otra mandó un incógnito, y la última, que don Antonio sacó del bolsillo, escrita por don Buenaventura Vivó á bordo del vapor, fué la adoptada. Santa Anna, con su hábito ordinario de mentir, dijo aún en presencia de Vivó, que él traía el documento desde San Thomas; pero no era aquello más verdad que las otras cosas que refería.

El documento, se lo figura cualquiera que conozca el género, era una larga serie de lugares comunes, encabezada por lo de MEXICANOS, y rematada con VUESTRO AMIGO Ó VUESTRO CONCIUDADANO, Ó VUESTRO COMPAÑERO DE ARMAS, como todo lo demás que constantemente salía á luz, sin que los pobres que recibían aquello se sintieran desilusionados en fuerza de fracasos.

El martes tres, salimos para la hacienda del Encero ó del Lencero, como le llamaban los puristas.

El Encero era entonces una linda propiedad que coronaba una colina, desde donde se veían, de un lado, la cordillera con todos sus primores, y del otro el mar con toda su majestad. La finca principal era una casa pintada de rojo, con portalería, y rematada por una torrecilla de cristales.

Allí nos aguardaba lo bueno; allí estaban los Lares, Rodríguez de San Miguel, el Padre Miranda, Medina, no sé, todo el mundo; unos, con comisión del cabildo; otros, con delegación de tal Estado; éstos, por encargo de la Excelentísima Diputación de tal cosa, ó el Ayuntamiento de aquí ó el comercio de allá ó los particulares de tal otra parte. Todo era paz, todo contento, todo alegría. Cada comisión que llegaba hacía salir al frente á su y á veces á sus representantes; y allí comenzaba el fuego graneado de adulaciones: Santa Anna resultaba político, economista, literato, protector de las ciencias, favorecedor de las artes, campeón de la iglesia, salvador de la patria, el primer hombre de México y el amigo de buenos.

Hidalgo, Morelos é Iturbide, resultaban unos chicuelos á quienes se miraba con desdén; Pedraza, Arista y Bustamante, unos monstruos y unos bandidos; el Padre Nájera y el Doctor Mora, unos infelices que jamás habían tenido talento, ni saber, ni nada.

Uno de aquellos días se anunció una diputación más, se alistó el salón, ocurrimos todos de veinticinco alfileres y nos dispusimos á oír lo que dirían aquellos crisóstomos. Era la delegación de Puebla, compuesta de tres licenciados, Ruiz, Cetina Abad y Galicia; el primero llevaba la palabra.

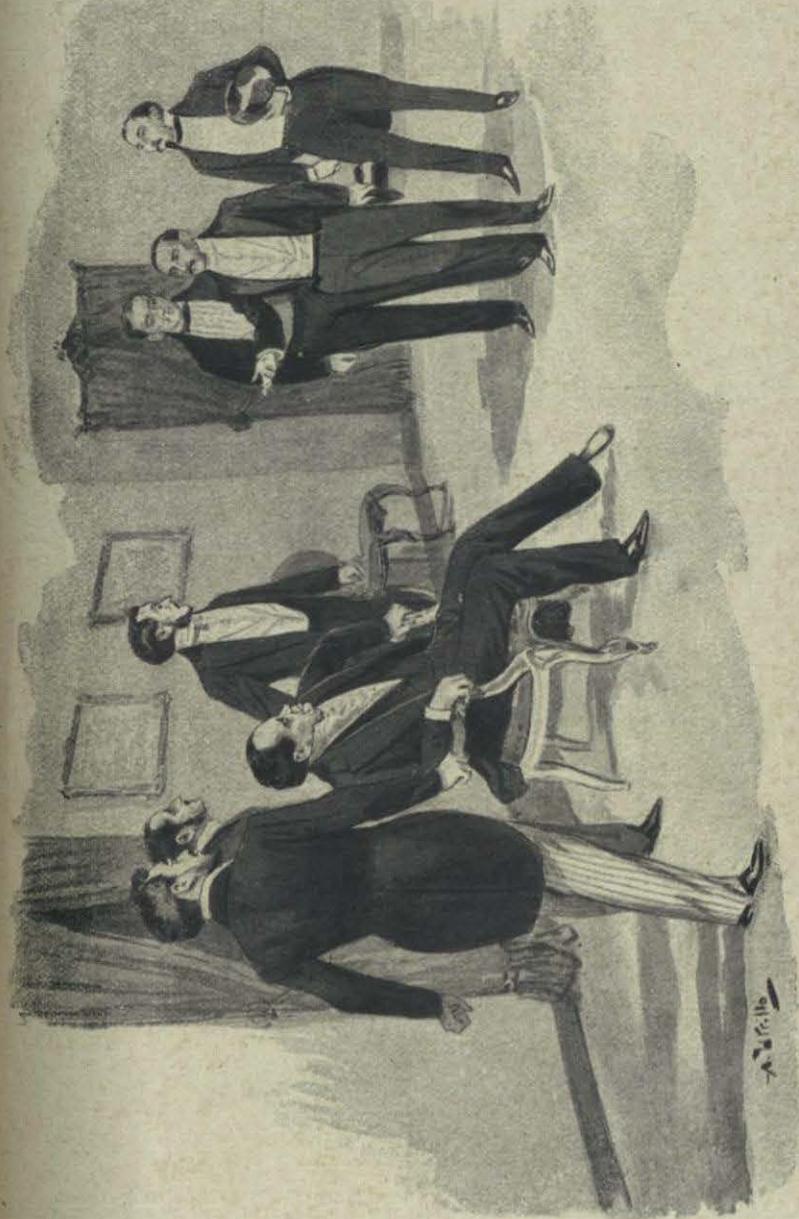
Las primeras las oímos con indiferencia; era lo de siempre: felicitaciones, parabienes, buenos deseos. A poco empezamos á fijarnos en el orador, bajito de cuerpo, trigueño, de bigote negro y ralo, de voz opaca, de modales encogidos y tímidos.

«Habéis venido, señor, decía don Joaquín Ruiz, no por el voto libre y espontáneo del pueblo, no por el afecto de vuestros pares; habéis venido mediante un cuartelazo, mediante una sedición militar afortunada, mediante un triunfo de la fuerza; habéis venido, en fin, mediante la abolición del gobierno legítimamente estatuido...»

Trató Santa Anna de hacer callar al orador, oyó éste un susurro de desaprobación; pero como si hubiera oído aplausos y vivas: hacía señal de que iba á seguir.

«Recordad las épocas luctuosas de vuestra historia; recordad cuando perseguido y errante habéis mendigado el auxilio y la acogida, y aprended por esas lecciones de la fortuna, el seso, la cordura y el verdadero patriotismo.»

Luego entró la parte agradable, en que se decían al



Trató Santa Anna de hacer callar al orador,

Presidente cosas dulces; pero el descontento ya estaba en todo su auge, y Ruiz había firmado su sentencia.

El once salimos del Encero; el catorce llegamos á Puebla; el diez y seis, saliendo de San Martín Texmelucan y tomando el camino desde el Peñón Viejo por el de los Baños, arribamos á la Villa de Guadalupe.

Todos los días se agregaba á la comitiva una nueva comisión, un caballero principal ó de antiguo título, un agiotista ó comerciante.

Ya que divisábamos algún simón destartalado que venía dando tumbos en las piedras del camino, alguna diligencia cansada ó algún rocín asmático montado por un fraile barrigón ó algún licenciado asustadizo, teníamos segura la felicitación.

Corrió entonces entre los cortesanos una anécdota, que no deja de tener su gracia. Don Antonio Haro fué á Veracruz con objeto de gestionar que su mortal enemigo, don Manuel Escandón, quedara desahuciado y sin derecho á una partícula cualquiera del afecto del Presidente. Contento y agradecido retornó á México el buen político, y se preparó á gozar de su triunfo. Pero el día de la entrada en la Villa, en el carruaje del General, recibiendo con él inciensos, halagos, vivas y plácemes, iba un hombrecillo pálido, enteco, con la cabeza blanca á pesar de sus cuarenta años, con levitilla de grano de oro, pantalón de dril y aspecto miserable. Era don Ma-

nuel Escandón, que se había perdido hacía unos días, y que aparecía al fin, suplantando á don Antonio Haro y llevando en el bolsillo el reconocimiento de un pésimo crédito de ochocientos mil pesos á favor de los arrendatarios de la renta del tabaco...

La entrada en Guadalupe se retardó de tal manera, que se llegó á pensar que al fin no llegaría el adorado caudillo; pero á eso de las cinco el cañón vino á quitar de dudas, anunciando que el salvador de México estaba cercano al venturoso monte que vió el prodigio guadalupano.

Las azoteas estaban llenas de gente; llenos de gente y carruajes la plaza y el cerro; reverberaban á la luz del sol, como ascuas de plata, las bayonetas del primer ligero mandado por Blancarte, tendido desde la puerta de la colegiata hasta la casa del señor Abad, donde descansaría S. E. Algunos liberales del género inocente llevaban banderitas que decían: «Libertad de Comercio», «Tolerancia de Cultos», «Constitución»; ya les darían sus tolerancias y sus libertades á aquellos pobres.

He visto después muchas recepciones de personas notables; pero ninguna que exceda en brillo y magnificencia á aquella, en que las roncadas voces de los cañones y las campanas se unían á la voz imponente del pueblo que gritaba vivas al hombre de quien esperaba su regeneración.

Santa Anna con botas de montar, levita, pantalón blanco y guantes de ante, daba las gracias con gesto casi soberano, ordenando á los ayudantes que no impidieran que el público se acercase al coche.

Estos ayudantes lo eran el General don Benito Zenea,



los tenientes coroneles Ordóñez y Silva, los comandantes Dara, Iturbide, y Argüelles y los capitanes Barragán y Moreno. A más de cuatro de estos ínclitos guerreros los llamaba la maledicencia con calificativos deshonrosos; pero nunca supe si la maledicencia tenía razón.

Los ayudantes no fueron poderosos, á pesar de su bizarria, para impedir que los léperos más desafortunados de la

reunión, quitaran las mulas y fueran tirando del carruaje hasta la Colegiata, donde bajó S. E.

Oyó el *Te Deum* que se cantó, rezó devotamente á la sagrada imagen, y luego, acompañado del señor Arzobispo, del clero Catedral y del de la Colegiata, entró á la habitación que se le destinaba.



CAPITULO XIII

Guerra intestina en el campo santanista.

Suárez sin ministerio

EN cualquiera otro hombre habría constituido una inferioridad, una falta notoria é imperdonable, lo que en Santa Anna formaba el mérito mayor: no tener parecer ni opinión conocidos, no contar con ideas ni programa de gobierno. Pero esto mismo hacía que todos los partidarios, todos los partidos, todos los credos y todas las ideas, lo consideraran materia dispuesta y se valieran de él como de un instrumento maravilloso.

Por eso, al rededor del jefe brillaban al mismo tiempo Alamán y Lerdo de Tejada, Juan José Baz y Rodríguez de San Miguel. Cumplido y Basadre, centralistas y fede-